



# OPERACIONES DE BLOQUEO Y SUS LECCIONES EN EL PERIODO 1914-1918

Alejandro N. Bertocchi Morán\*

## - **Preámbulo.**

A esta altura de los siglos no deben caber dudas que el pensamiento del Almirante Mahan resulta una de las concepciones geopolíticas más encarnizadamente discutidas por la investigación histórica contemporánea. Por ello tal polémica se halla acompañada por toda una larga serie de controversias que en muchos casos han sido puestas en juego por el desarrollo general que tuvieron las contiendas bélicas que cruzaron el pasado siglo.

Mahan en su obra decimonónica "Influencia del Poder Naval sobre la Historia" hace surgir sus análisis referenciales en las guerras libradas en el siglo XVII entre Holanda e Inglaterra y por lo tanto no considerando en grado sumo todo lo que la guerra naval dio en la amplia posterioridad que tuvo estas fechas. Este ítem ha sido el nudo central de buena parte de la crítica que cayó sobre su pensamiento desde siempre, dado su sugestivo olvido de todo lo que dio el Mediterráneo en la conformación clásica de nuestro mundo.

De tal manera Mahan abrió con sus obras, un espacio de inclusión geopolítico casi exclusivo para la guerra en el mar dentro de tales fechas, como si las luchas que sostuvieran Fenicia, Grecia,

Cartago, Roma, España y el Imperio Otomano, no contaran en el plano intelectual como para señalar un pasado referente.

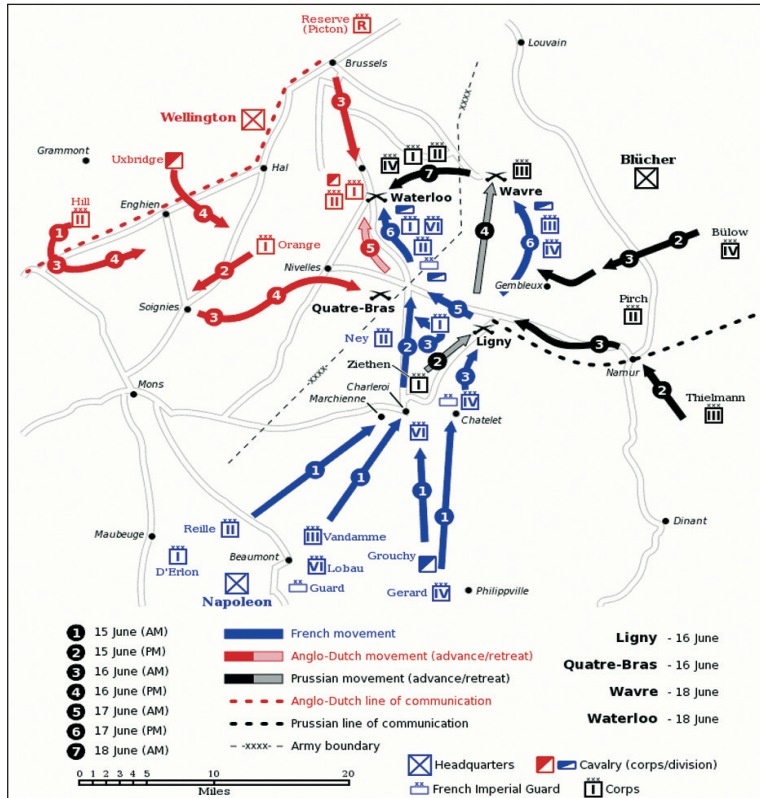
Analizando estos espacios sobresale el hecho indiscutible de que el marino estadounidense simplemente supo aprovechar convenientemente las circunstancias culturales de su época, donde las grandes potencias se preparaban para imprimir una expansión ilimitada para sus apetitos particulares y por ello, obviamente, las necesidades de contar con una base doctrinal firme y escrita, era a todas luces perentoria.

"Convengamos en que la ocasión era propicia para que surgiese un razonador de la guerra naval o, más "in extenso", del poder naval, trabajando intelectualmente un terreno donde poco se había sistematizado y que quedaba hasta entonces librado exclusivamente a la voluntad de los conductores políticos y de los jefes navales"<sup>1</sup>.

Como todo pensador Mahan tuvo su especial "cliché" en lo referente a la facultad que el poder naval tenía sobre los espacios terrestres de cara a la posibilidad de su interdicción mediante el bloqueo marítimo, a su juicio un arma fundamental de cara a un conflicto. Esta tesis, al menos en parte, colisionaba con la de su contemporáneo, el geógrafo bri-

\* Profesor de Historia de los Conflictos Armados, Miembro de la Comisión de Revista Naval, Miembro de la Academia Uruguaya de Historia Marítima y Fluvial, Miembro de la Academia Uruguaya de Geopolítica y Estrategia, Licencia de Investigador Librada por el Museo Naval de Madrid.

1. MAZZEO Juan José Capitán de corbeta. "De Mahan al Arco Iris". Revista Naval. Año III. No.6. Montevideo. Marzo 1990.



Campaña de Waterloo.

tánico Halford Mackinder, quien sostenía que el poder continental, si lograba conformarse en plenitud, era casi invulnerable a las acciones de las potencias que denominaba “insulares”.

Empero, los ejemplos como para clarificar éstos, se hallaban presentes en ese mismo pasado que para Mahan no contaba, y como tantos otros, se había visto en esa lucha entre la tierra y el mar, donde los conflictos entre Atenas y Esparta y las guerras púnicas eran una muestra de una vieja estrategia seguida por todos los poderes que en su hora se habían disputado el “ombligo del mundo”. Por ello, los grandes olvidados por la pluma del marino estadounidense: Temístocles, Pompeyo Magno, Doria, Barbarroja, Roger de Lauria y algunos más, en su hora decisiva, habían sabido poner en juego tales iniciativas, con marcado éxito.

### - El bloqueo naval y sus contramedidas.

Si pasamos al análisis histórico se observa que las vicisitudes de las guerras ocurridas en el transcurso de los siglos XIX y XX, discurrieron en planos donde su desarrollo logró arbitrar aquellos dos conceptos anteriores, donde las potencias bascularon inclinando la balanza de las guerras hacia un lado u otro, mucho más por sus propios errores estratégicos, que por la férrea admisión de estos pensamientos ya señalados.

Quizás la discusión de cara a los conflictos napoleónicos sea la imagen más prístina con que se cuenta al efecto de cualquier planteo propio de un “juego de guerra”. Aquí Mahan afirmaba que

la derrota ulterior de Napoleón pudo ser llevada a cabo por el bloqueo interpuesto por la Royal Navy, y por ende, su dominio de las comunicaciones marítimas a escala global. Y esto lo señalaba por encima de los vaivenes que tuvo la situación terrestre, donde la Gran Bretaña siempre tuvo su “espada continental” en acción, sea una vez Prusia o Austria, sea luego España y Rusia que condujeron a Waterloo.

En realidad, si se concurre a una investigación un tanto exhaustiva y puntual, es dable observar que desde 1806 el contrabloqueo continental impuesto por Napoleón se hizo sentir fuertemente en la Gran Bretaña, en los planos de su misma sobrevivencia diaria. Incluso antes de la estructuración de esa contramedida dispuesta por orden del corso, la Gran Bretaña sostuvo especiales contenciosos contra aquellos países que se hallaban en el medio,



*Batalla de Waterloo, óleo de William Sadler.*

entre dos fuegos, como Rusia, Suecia, Dinamarca, Holanda, Nápoles, Turquía o Portugal y que merced a estos problemas sus gobiernos vacilaron políticamente de cara a ese enfrentamiento entre los poderes terrestre y naval. El ataque sin declaración de guerra de la Royal Navy contra Copenhague dado en abril de 1801 es el mejor botón de muestra que pueda disponerse como ejemplo mayor.

El “decreto de Berlín”<sup>2</sup> dio resultado en un aspecto macro y sólo pudo ser superado pues la diplomacia británica obró con extrema eficiencia en la búsqueda de aliados, situaciones señaladas en todas esas coaliciones que siempre logró la City, cosa que se vio favorecida por la serie de errores cometidos por el emperador, justamente a causa de su enfrentamiento existencial con su contumaz enemigo.

“Quiero conquistar el mar, dominando en la tierra”. Esta frase exultante dada por Napoleón podrá ser discutida por los grandes analistas, pero nunca debería ser encarada como posibilidad lejana, siendo que el desarrollo de todas las campañas libradas entre 1804 y 1814 nos indica que bien pudo alcanzar el éxito, siquiera en un sentido parcial, dadas las

circunstancias de sus campañas que llegaron a controlar casi todo el continente.

El apogeo del imperio napoleónico, dado entre 1810 y 1812, duró poco, es cierto, aunque la sola presencia de la Gran Bretaña supuso la inclusión de un centro de resistencia inviolable a la “grande armée”, protegido por los 50 km de agua del Canal de la Mancha. Y si el investigador recurre a los archivos británicos deberá observar cuanto sufrieron sus islas por el virtual cierre de fronteras impuesto desde el continente. En este espacio surgen las situaciones difíciles sostenidas en el campo interno con sus penurias públicas devengadas de que, ciertamente, el gobierno británico empleaba un gran porcentaje de su esfuerzo general para el sostenimiento de su marina de guerra, servidumbre vital al fin.

En este último aspecto, tenemos que la Gran Bretaña había volcado su poder material hacia sus fuerzas navales en una medida insospechada. A finales del siglo XVIII la Royal Navy contaba con cerca de 130.000 hombres de dotación, mientras el marco legal especificaba un sistema de leva y enganche que suponía arribar a un número de marinos totalmente inusitado para las islas británicas

2. Establecido en noviembre de 1806. Todos los súbditos ingleses fueron declarados prisioneros de guerra y sus bienes confiscados. Toda mercadería proveniente de Inglaterra era buena presa, es decir propiedad de quien se adueñase de ella. Ningún barco inglés o proveniente de posesiones inglesas podía hacer escala en ningún puerto francés o aliado. Napoleón agregó en 1807, que todo barco que aceptase el registro que imponían las fuerzas navales inglesas, o que navegase en dirección de Inglaterra, sería también considerado buena presa.

y que suponía un enérgico movimiento para sus pueblos.

Por ello, la Gran Bretaña tuvo que enfrentar situaciones internas que tenían su génesis en el bloqueo napoleónico, pues su pujante industria, que ya aparecía en el horizonte como pionera en un rumbo mundial, debió salir a buscar los mercados que necesitaba para su supervivencia. De allí las operaciones efectuadas por la Royal Navy en el Báltico, ya señaladas, y sus tenaces intentos de mantener abierto el camino a la India, que ya había sido amenazado por Napoleón en su temprana intrusión egipcia. Quizás el mejor ejemplo de estos capítulos sea el fallido intento de invasión al Río de la Plata de 1806-1807 pues tras los buques de guerra de SMB que operaron en esas aguas, navegaron más de cien mercantes que confiaban colocar sus productos en el cono sur americano<sup>3</sup>. Y ciertamente la guerra sostenida contra los EE.UU. entre 1812 y 1814 resultó, aunque sea en parte, debida a tales factores; un ejemplo más de las anteriores consideraciones que debió sobrellevar la Gran Bretaña.

En este menester, para congeniar en parte con el pensamiento de Mahan, el capítulo inglés de los bloqueos contra la Europa napoleónica presentó, para su época, características bastante disímiles a lo acaecido en el pasado y si bien no fue "efectivo" en toda la acepción de esta palabra, apareció en la palestra con una inusitada intensidad, la que supuso un notable peso en la balanza del poder europeo<sup>4</sup>.

"El bloqueo inglés contra los puertos españoles y franceses tenía la doble condición de militar y mercantil. Su objetivo principal era la de evitar la salida de las uni-

dades de combate enemigas, pero junto con eso, también el de impedir el acceso a todo buque mercante neutral portador de suministros y géneros prohibidos, y de realizar el mayor número de capturas posibles de forma que todo el comercio, pero principalmente el armamento general de barcos, se viese afectado"<sup>5</sup>.

Todas las coaliciones antinapoleónicas fueron financiadas por el capital inglés y tras Trafalgar la esperanza del emperador de invadir sus islas cayó de bruces<sup>6</sup>, por lo que todo quedó a suerte de los vaivenes terrestres. Napoleón, en su búsqueda de adueñarse de las costas del continente, sólo logró que la Royal Navy se lanzara a operar contra los imperios coloniales de Francia, España y Holanda, consiguiendo con esto y el contrabando, nuevos mercados para sus materias.

Por ende la Gran Bretaña salió plenamente airosa de esta contienda como potencia ultramarina y rectora del balance de poder europeo, como señaló Mahan, aunque para el futuro todo lo vivido en esa hora histórica quedó marcado en el papel, como aguardando una oportunidad ulterior, quizás una suerte de revancha para los continentales, cosa que finalmente se daría luego del espacio victoriano.

### - *La Primera Guerra Mundial y sus interrogantes.*

En las páginas de sus obras Mahan había rendido culto a la Royal Navy en su lucha contra el poder continental, señalando que las enseñanzas del pasado tenían siempre una relativa permanencia de sus condiciones. A su juicio el principal arquetipo histórico a señalar resultó

3. Aquí se debe incluir el mismo Chile como objetivo pues en el mes de octubre de 1806, la fuerza expedicionaria al mando del brigadier Crawford, que Londres enviaba a operar hacia el país trasandino, se suma a las que operaban contra el Río de la Plata.

4. En este caso puntual se debe afirmar que pese a la abrumadora fuerza naval británica que operó en el Río de la Plata entre 1806 y 1807, jamás la Royal Navy logró negar el uso del Río a los españoles, merced a la especial batimetría platense y a sus rigores climáticos. Lo confirmó la operación de reconquista que a órdenes del capitán Liniers liberó Buenos Aires cruzando el Río en forma impune a la vista de los buques del comodoro Popham. Aquello que afirmaba Martín Fernández de Navarrete, cuando expresaba que el bloqueo en los tiempos de la vela, dependía más de la naturaleza que de los medios, se confirmó en buena parte.

5. O'DONNELL Hugo, "Trafalgar". Editorial La Esfera. 2005. Madrid. Capítulo Vi. Página 86.

6. Como bien señala O'Donnell en su obra sobre la batalla de Trafalgar, en realidad la campaña naval de invasión napoleónica a Inglaterra fue desbaratada por la acción del Almirante Calder en el combate de Finisterre, librado el 22 de julio de 1805. Merced a esta acción indecisa, el Almirante Villeneuve decidió poner proa a Cádiz, con lo que no reunió sus buques a los que lo esperaban en el canal de la Mancha, cosa estipulada por Napoleón.



la política navalista entablada por los dos ministerios Pitt<sup>7</sup> durante aquellas décadas que plasmaron la consagración de la Gran Bretaña como primera potencia mundial; aunque en realidad eran una continuación en el tiempo de las directivas libradas durante las épocas de Isabel I y Cromwell.

De tal manera, dado su fallecimiento en 1914, el pensador estadounidense no tuvo la oportunidad de observar, in situ, otra situación similar como la que se había vivido en aquellas décadas de paso entre los siglos XVIII y XIX, precisamente señaladas por su pluma, cosa que lleva en sí un reconocimiento formal a su razonamiento.

De aquí, entonces la Gran Guerra sostuvo en su crónica, una sugestiva extensión en el tiempo, siendo una vez más espectador el orbe de un enfrentamiento a gran escala entre la tierra y el mar, que tuvo en vilo a todos, por más lejano que estuviera su inclusión geográfica. Y la analogía entre el emperador Napoleón y el Kaiser Guillermo II se instaló en todas las mentes y se hizo sentir no sólo en el consabido teatro europeo; ahora en un marco universal donde las grandes potencias habían implantado sus colores.

Como lo han indicado grandes plumas de la investigación histórica, aquel conflicto a escala planetaria tuvo su génesis primario- aunque dentro de un complicado contexto general europeo- en una serie de factores políticos y económicos que tuvieron determinada base en la pretensión del Reich alemán de lograr un "lugar bajo el sol", una proyección fuera de su soñada "Mitteleuropa", cosa que condujo al inevitable enfrentamiento con la potencia rectora de los mares, y por ende del comercio mundial globalizado por la Royal Merchant Navy. La Alemania del prudente Bismarck, concebida por éste como potencia central exclusivamente europea, dio paso a una firme política de expansión ultramarina

que al intentar romper con su aislamiento continental, sólo provocó, como en el pasado napoleónico, que Londres volcara su preocupación hacia su novel rival.

Atento a ello, y a todos los factores que alimentaron los conflictos entre 1890 y 1914, cuando la Gran Bretaña, en agosto de este último año, observó que Alemania sin prurito alguno, violaba la neutralidad belga, nadie dudó que tras la declaración de guerra surgiera la Royal Navy, no sólo estableciendo de entrada el cerrado bloqueo del sucinto espacio marítimo enemigo, sino barriendo de un plumazo con la navegación y el comercio alemán de ultramar, que cayó a cero junto a sus pocas colonias.

Una vez más aparecía el arma naval como fuerza estratégica indiscutible, inclinando la balanza del conflicto en tamaña forma que, tras el estancamiento de las operaciones terrestres, el Kaiser entendió- aunque como veremos no de primera mano- al igual que en su momento Napoleón, que el enemigo principal se hallaba embarcado. Aquí nació el violento encono alemán contra los británicos cuyo saludo más corriente fue el "gott strafe England" por todos repetido, que se transformó en una constante de odios que en muchos casos superó los tiempos del conflicto.

Dentro de ese contexto y tal cual se



Kaiser Guillermo II.

iba presentando la guerra, Alemania debía recurrir a toda una innovación dentro de algo que se encontraba en la tapa del libro, pues para enfrentar a la potencia marítima que le cerraba el paso al comercio neutral y propio,

7.- William Pitt (el Joven) (1759-1806). Primer Ministro de Gran Bretaña (1783-1801 y 1804-1806), sentó las bases de una nueva etapa de prosperidad después de la guerra de la Independencia estadounidense; fue el principal dirigente del Estado durante la lucha contra la Francia revolucionaria. Pitt pasó a ser el Primer Ministro más joven de Inglaterra cuando Jorge III lo nombró para este cargo a la edad de 24 años en 1783.

no bastaba con poseer la segunda fuerza naval del mundo, necesitaba de un arma novel emergente como para presentar batalla sobre el teatro más doloroso al enemigo, el cordón umbilical que ataba la Gran Bretaña con su imperio. Sobre este último punto, los números señalaban claramente la dependencia de la metrópoli británica de su comercio exterior, en aras de sus industrias y de su misma supervivencia cotidiana. Sobresalía fuertemente la especial dicotomía británica: “el mar era a la vez la fuente principal del poder de Gran Bretaña y su principal debilidad”<sup>8</sup>.

El avance imparable de la técnica había visto en la guerra de secesión estadounidense la aparición del arma submarina que, a juzgar por prestigiosas figuras de la estrategia naval de aquellos días, como el Almirante sir Percy Scott, iba a intentar cubrir, con su uso táctico a ultranza, ese nicho material que existía entre la potencia naval superior y sus adversarios. En el pasado la acción corsaria había resultado el “arma de los pobres” -aunque por todos utilizada- pero ahora el sumergible lograría rápidamente ubicarse en un terreno donde su acción supondría, a lo largo de la lucha, crear una situación de la cual casi todo dependería, a despecho de que en los frentes terrestres continentales se enfrentarían millones de hombres en un combate sin límites.

Con anterioridad a la hora del enfrentamiento decisivo las grandes potencias algo sospecharon en relación al uso táctico del arma submarina, en especial tras la guerra ruso-japonesa de 1904, donde el minado estático y el torpedo Whitehead causaron incontables pérdidas humanas y materiales; muy sugestivamente dentro de la navegación de pesca y mercante. De esa manera en la Conferencia de La Haya de 1906 se buscó limitar seriamente la construcción de este tipo de ingenios aunque sólo se llegó a acuerdos limitados. Así, atizado el ambiente por el debate

público, encarado todo en un marco civilista, se dejaron oír voces que señalaban que la guerra submarina era algo malévolo, terrible arma de destrucción y muerte, considerándose una atrocidad el ataque a buques mercantes o de pasaje de bandera enemiga, y por supuesto neutral en tránsito inocente. También cayó en estas críticas la utilización de minas estáticas o aquellas lanzadas libres a las aguas, siendo motejada esta operativa como un atentado de lesa humanidad.

Años después, tras otra serie de concilios internacionales afines, las potencias llegaron a una serie de acuerdos generales sobre estos casos, quedando muchos puntos en blanco, ya que la ignorancia sobre el uso táctico de la guerra submarina y sus alcances eran totalmente desconocidos y como es de rigor, imaginaban su real alcance dentro de la cosmovisión militar. El sumergible aún se hallaba en pañales.

Agosto de 1914 marcó el puntapié inicial donde paulatinamente se observó que la potente flota de alta mar del Kaiser, sólo tenía la esperanza de dar un golpe de fortuna para buscar lisiar alguna porción de las fuerzas de la potencia naval dominante, que no sólo la encerraba en su cubil, sino aseguraba su propio y vital tráfico marítimo, sus costas y asimismo se dedicaba impunemente a acabar con los pocos buques de guerra y mercantes alemanes que se hallaban en aguas exteriores.

De tal forma el Mar del Norte fue campo de lucha; un acotado teatro que, empero, pudo ser espectador de los primeros sugestivos éxitos del arma submarina germana, que con el hundimiento de los cruceros *Hoague*, *Cressy* y *Aboukir* saltó a la palestra en una espectacular conformación, pero que sólo dio la razón a unos pocos. Resulta significativo que al paso del tiempo y de los hechos el círculo de halcones que rodeaba al Kaiser, que

8. BOTTING Douglas. “Los submarinos alemanes”. Time- Life Books. España. 1996. Página 22.

habían puesto todo el peso de la balanza en la operativa de los grandes ejércitos, pese al revés del Marne que cristalizó el combate en las trincheras, todavía no sopesaban la entidad del conflicto en un sentido de mayor amplitud y los directores de la guerra confiaban que los medios ortodoxos dieran la victoria en los campos terrestres. Sin duda, reconocemos que en esas horas el Almirante Tirpitz abrigaba esperanzas de que se entendiera que el arma submarina bien podría colocar al enemigo insular en una situación de aislamiento marítimo si se obraba contra sus líneas de comunicación. Empero, como sabemos, el gran almirante cada vez se halló más en solitario y por ende muchas de sus avanzadas directrices quedaron en las gavetas de la formidable estructura burocrática militar germana; como, entre otras cosas lo fue la construcción de sumergibles minadores, recién puestos en grada en 1915 y botados al año siguiente<sup>9</sup>.

Desde finales de la guerra franco-prusiana de 1870, los altos mandos germanos habían estudiado estrategias que basaban plenamente el éxito de sus armas en el logro de decisiones rápidas en el campo terrestre, a sabiendas de que deberían siempre hallarse entre dos frentes, dada la alianza de sus inveterados enemigos: Rusia y Francia. Por ende el plano naval quedó en un esquema secundario, por obvios motivos referentes al factor indicado, pese a los esfuerzos intelectuales de los grandes directores de la marina de guerra, que sostenían que cualquier conflicto prolongado donde se encontrara la Gran Bretaña en la vereda de enfrente, significaría la costosa pérdida de las posesiones ultramarinas y la entrada en un proceso de penurias públicas. En este caso Alemania, por su conformación financiera y económica no se hallaba preparada para cortar abruptamente sus vínculos con el

exterior dadas sus necesidades de materia prima para sus industrias bélicas. Ejemplos muy evidentes se señalan por el esfuerzo inventivo elaborado por los germanos en el caso de la básica industria metalúrgica donde se debió recurrir a diversos materiales sucedáneos para obviar las carencias de cobre, estaño, níquel o elementos como el caucho, recursos imprescindibles para la marcha de la guerra.

Pero tan importantes factores, inicialmente, no se asumieron pues se juzgaba que todo lo conseguiría la victoria. Por ende ningún factor podía tener peso en relación al pensamiento estratégico general que sería seguido al pie de la letra, como así lo fue, jugando todo a una rápida decisión, hasta que el fantasma del desastre apareció en el horizonte. Por supuesto que existieron voces que dentro del alto mando alemán sindicaron de primera mano una utilización sin freno del arma submarina, como lo fue el Almirante Von Ingenohol, en los primeros meses del conflicto, cosa que llevó a un debate interno entre los poderes militar y político, situación que llevaría años de discusión, como bien lo señala Carrero Blanco<sup>10</sup>.

De tal manera, con plena confianza en la masa de los grandes cuerpos de su forjado ejército, Alemania inicialmente se lanzó a la batalla con plena confianza en sus fuerzas, considerando que la “espada continental” sería derrotada cuanto antes. Pero todo acaeció en la contraria y quizás aun en un sentido muy negativo para la causa del Kaiser, pues, entre otras cosas, el “pequeño y despreciable ejército” del rey Jorge V logró repasar el Canal de la Mancha a tenor de la dominante presencia de la Royal Navy, y participó con señalado vigor en los campos de Francia y Bélgica. Este hecho, unido al resto del desenvolvimiento ulterior de la campaña del oeste, algo poco calculado por el

9. La historia naval tiene en la figura del almirante Alfred von Tirpitz al marino que sin caer en dogmatismos, supo entender el desafío que implicaba una guerra contra el poder naval británico. Inicialmente acérrimo defensor del acorazado como pieza principal de la flota de alta mar, supo apenas dada la guerra trabajar incansablemente para botar más y mejores sumergibles.

10. CARRERO BLANCO Luis.- “Arte Naval Militar”. Editorial Naval. Madrid. 1943. Página 260.

alto mando germano, tuvo su peso para ir poco a poco considerando la delicada opción de un ataque total sobre la navegación enemiga y aún neutral, alrededor de las islas Británicas, cosa que en líneas generales tenía la oposición de la diplomacia propia y asimismo del Kaiser, en razón de consideraciones políticas que hacían a su prestigio fuera de fronteras y al peligro de malquistarse con los EE.UU. y la opinión de los países neutrales.

La detención de la masa de los ejércitos germanos en el Marne y la estabilización del frente occidental, trajo el colapso de la opción de lograr un rápido choque decisivo, entreverando las cartas y colocando a los británicos en un primer plano, como principal sostén material a largo plazo del conflicto. El mariscal Joffre había evitado otro Sedán e hizo fracasar la operación relámpago planeada durante décadas por los halcones alemanes.

De acuerdo a este cúmulo de circunstancias, y al cambio impuesto en la faz subsiguiente de la guerra, los medios submarinos alemanes comenzaron su tarea operando en el Mar del Norte contra la Royal Navy y los buques de bandera enemiga, mercantes y de pesca, supereditados vagamente a una concepción emanada de las llamadas Ordenanzas de Capturas, que habían sido medianamente revisadas en las conferencias navales, pero que realmente no congeniaban con el uso táctico de tal medio. Un sumergible no podía operar expuesto en superficie, dada su fragilidad, ni aceptar prisioneros a su bordo, por lo que de inmediato todo derivó hacia el convencimiento que sólo era cuestión de tiempo para que se arribara a un uso más convencional del arma submarina. Y desde el mismo inicio, los hundimientos reflejaron el surgimiento de algo nuevo, encendiendo una luz roja en la mente de todos.

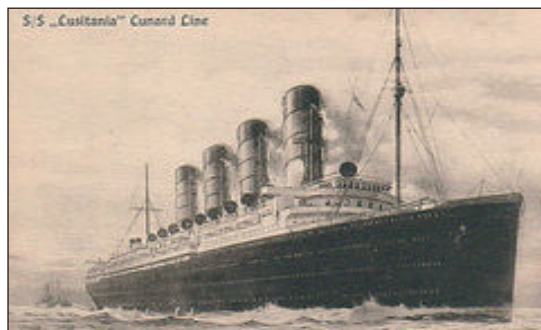
Algo de este rápido proceso decían los números de 1914, que vio irse al fondo del mar un total de 314.694 toneladas de buques mercantes y de guerra, cifras que

se van a incrementar vigorosamente en el siguiente año con 1.298.748 toneladas.

Empero, al surgir con esta intensidad la amenaza submarina para la integridad británica, todo el proceso comenzó a derivar hacia un rápido intercambio de hechos, donde al cerco naval británico y el artillado de sus mercantes, sucedió la respuesta alemana, y en febrero de 1915 el Kaiser declara el bloqueo de las aguas alrededor de su gran enemigo señalando que cualquier buque que cruzara este teatro ya acotado sería hundido sin advertencia previa, aunque indicando que los neutrales tendrían al menos el beneficio de la duda.

Atento a estos procesos, en las primeras semanas de este año el presidente Wilson había elevado su queja ante Londres por la prohibición del transporte de productos alimenticios a puertos alemanes y holandeses. Por ello las relaciones entre los anglosajones constaban por su tirantez. Pero este estado de cosas conllevaba fatalmente una agravación de las condiciones del conflicto y las medidas alemanas tomadas ante lo anterior sólo indispusieron a los EE.UU. con ambos contendientes, dando luz a los sostenedores del "no alineamiento".

De tal forma, los acontecimientos se dan sorpresivamente y en mayo de 1915 se da el hundimiento del *Lusitania*, trasatlántico de la naviera Cunard Lines, donde perecen casi mil novecientas almas, entre éstas varios estadounidenses, provocando este hecho la inmediata



Trasatlántico Lusitania.



protesta de los EE.UU. y todo un shock mediático a la opinión pública mundial, con las derivaciones diplomáticas y políticas que tuvo tan aireado caso.

Aquí, sobre este punto algunos analistas encaran la pretensión alemana de "aterrorizar" no sólo al adversario sino a los neutrales, como si el mar fuera el campo de batalla belga, asimilando el luctuoso hundimiento del *Lusitania* al bárbaro incendio de *Lovaina*. Pero un razonamiento integral- por supuesto por fuera de circunstanciales consideraciones políticas- sobre la operatividad de los ingenios submarinos, nos lleva indubitablemente, al convencimiento de que la táctica segura a emplear para yugular definitivamente el tráfico marítimo que beneficiaba al enemigo, siempre colisionaría con las intenciones de buscar evitar derramamientos de sangre y graves pérdidas materiales. La lógica brutal de la guerra se hacía sentir sobre las conciencias de quienes tenían el deber de seguir en la brecha, cuya pena bien podía ser el caer de rodillas ante la presión absoluta del enemigo. Además, debe señalarse que Alemania ya había traspasado largamente el llamado "umbral de hostilidad", cuyos ejemplos los tenemos en relación a la violación de la neutralidad belga, a la utilización de gases, al bombardeo indiscriminado de objetivos civiles, al arrasamiento total de tierras y bienes del enemigo y otros crudos etcéteras, por lo que en realidad cabe colegir que no habría vacilación alguna en el caso de un ataque total como el señalado.

Y sobre este caso los EE.UU. habían reaccionado con dureza frente al hecho *Lusitania*, cosa inmediatamente sopesada por la diplomacia alemana, que juzgó prudente "escurrir el bulto", por lo que la campaña submarina atlántica prácticamente se detuvo. Así el 18 de septiembre el Kaiser ordenó detener los ataques a mercantes en aguas británicas, mientras una tormenta se desataba en los altos mandos: ¿valdría la pena arriesgar una guerra con los estadounidenses?

Realmente, las campañas de 1915 mostraron al frente occidental en un plano secundario, donde los ejércitos alemanes se lanzaron sobre Rusia en auxilio de los austro- húngaros. Por ello, merced a este impasse pudo Francia rehacerse y la Gran Bretaña dar comienzo a su paulatina reconversión industrial bélica, cosa debidamente aprovechada por sus medios escasamente hostigados por los sumergibles enemigos. El alto mando alemán confiaba en obtener situaciones que volcaran hacia sí la victoria, buscando la destrucción de Rusia, cosa que si bien no fue conseguida en un todo, resultó campaña fatal para las fuerzas del Zar, que ya nunca más lograron presentar una batalla creíble a su terrible adversario. 1915 se cerraba como un año con contraluces, pues mientras para los alemanes parecía haber sido plenamente positivo al lograr debilitar considerablemente el poder militar ruso, sumado al fatal error de Galípoli cometido por los británicos, a su vez la entrada en guerra de Italia a favor de los aliados, supuso clausurar los puertos itálicos a la navegación mercante que había conducido a suelo alemán diversos elementos estratégicos, como cobre y estaño desde América del Sur y cromo y manganeso de España. Esto significó el cierre total de fronteras para las Potencias Centrales.

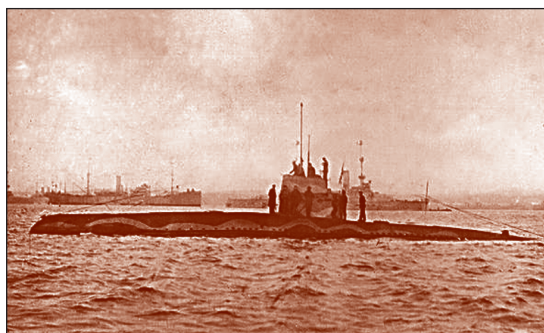
De tal manera, 1916 se presentó como un año decisivo y fuera de ello la lucha terrestre se intensificó con la brutal acometida contra Verdún, situación que Francia logró resistir evitando el desastre, mientras los británicos proseguían su consolidación militar, pero afrontando a su vez, el ataque en el Somme.

A finales de este año clave podría decirse que la guerra penetraba en una fase macro donde el centro de todas las estrategias representaba encarar el desgaste del enemigo, para llevarlo a la mesa del armisticio. Ya no cabían los planes de una rápida victoria y el mando alemán lo reconocía. Pero sobre punto tan crucial los recursos materiales de las Potencias Cen-

trales estaban sufriendo mucho por el bloqueo naval británico, situación agravada tras el resultado estratégico obtenido en Jutlandia, que alejó cualquier pretensión alemana de romper el cerco embarcado, al menos de manera ortodoxa.

De tal manera se hizo lugar a una consideración inevitable pues los cambiantes procesos del conflicto arribaban a un cruce de caminos, asumiendo el mando alemán, no sin discusión, que Inglaterra era "el enemigo estratégico número 1".

"En enero de 1916, visto el cariz que había tomado la guerra, el Jefe del Estado Mayor de la Kriegsmarine, Almirante Holtzendorff, propuso al gobierno alemán el comienzo de una campaña submarina sin restricciones. La propuesta se basaba en el supuesto de que los sumergibles podrían hundir mensualmente en los accesos marítimos del Reino Unido 480.000 toneladas de barcos mercantes; unas 125.000 toneladas en el Mediterráneo, y, puesto que las minas se cobraban mensualmente alrededor de 26.000 toneladas, en total podrían echarse a pique 631.000 toneladas al mes, es decir, 3.790.000 toneladas cada medio año, lo que llevaría al Reino Unido rápidamente a la derrota"<sup>11</sup>.



*Submarino alemán.*

La Gran Guerra mostraba, crudamente, que su condición universal sindicaba que los esfuerzos materiales de los estados tomados en un todo como para

proseguir el esfuerzo bélico, se hallaban muy por encima de cualquier resultado parcial. Y aquí sobresalía las asimetrías existentes entre alemanes y británicos, pues mientras los primeros estaban en la tarea de ir logrando, con su tradicional inventiva y paciente capacidad de trabajo, suplir al menos en forma parcial y a mediano término las carencias de elementos para sus industrias y subsistencia poblacional, los segundos dependían de los suministros ultramarinos, pues sus islas sólo producían una tercera parte de sus necesidades estratégicas. Había llegado la hora del mar, con las implicancias del caso que ello tenía para unos u otros.

Para tomar esta concepción como resorte dominante, el mando alemán hubo de esperar a que las consecuencias del fracaso de sus ejércitos, en derrotar rápidamente al enemigo, se hiciera sentir. Por vez primera el círculo del Kaiser entendió que se hallaban ante un conflicto que se extendería en el tiempo, que además corría contra ellos, al tener el adversario oportunidad de hacer jugar sus industrias en una forma por demás constante, para sus industrias de armamento, contando con el apoyo de los neutrales, cuyas políticas Alemania ya no podía cortar. Además la situación económica germana era muy deficitaria vista hacia adelante, dado el bloqueo a que se encontraba sometida, y en el horizonte propio el espectro de una posible hambruna ya mostraba su terrible faz. De tal forma, el alto mando naval alemán tiró sobre la mesa aquella posibilidad ya señalada, aun considerando la guerra con los EE.UU., siempre y cuando dicho conflicto no se extendiera en el tiempo, dado el vasto poderío industrial y demográfico de los norteamericanos.

En estos meses iniciales de 1916, para muchos grandes navalistas, Alemania perdió la virada. El Kaiser consideró

11. DE LA SIERRA Luis, "El mar en la Gran Guerra". Editorial juventud. Barcelona. 1984. Página 297.

todas estas proposiciones de lanzar una guerra total en el Atlántico norte como no favorable en ese momento. De nada valieron los esfuerzos intelectuales de algunos destacados jefes navales germanos, cuyos números indicaban que con unos 50 ó 60 unterseeboot operativos en forma constante en el teatro de los accesos atlánticos a Europa, en sólo cinco meses se podría poner de rodillas a los británicos, incluso arriesgando el conflicto con los EE.UU., señalando que éstos llegarían tarde a la brega. Además este plan también incluía la negación de los sucintos espacios marítimos de Holanda y Dinamarca, más el de Noruega, afrontando el enemigo un bloqueo casi total de sus más imprescindibles bastimentos, como la grasa animal, madera, hierro, carbón y petróleo.

Luego de cerrada discusión, el gobierno alemán se avino a aprobar este plan, aunque su puesta a punto se demoró por la acción del canciller Bethmann- Hollweg, quien siempre se mostró opuesto desde el vamos a la guerra submarina a ultranza. Por ello se fijó el 1 de febrero de 1917 como la jornada donde Alemania lanzaría sus U a una colosal cacería sobre cualquier buque, enemigo o neutral, que navegara en el espacio de aguas señalado desde el Océano Glacial Ártico a Gibraltar, cerrando todos los accesos a las Islas Británicas y Francia.

De tal manera, comenzaba un novel capítulo de este conflicto, en fase decisoria, y quizás terminal para algunos de los contendientes.

#### - **Abril de 1917.**

Al abrir este capítulo observamos que la crítica histórica- a despecho del inevitable debate moral que ello supone para muchos- afirma con alguna excepción, que la guerra submarina a límite que los alemanes lanzaron en este año de 1917

fue una decisión tardía. Por ello las discusiones sobre esta faz del conflicto deben basarse en que todos los planes estructurados por Alemania habían caído en el mismo agosto de 1914, en los campos del Marne, cosa que sindicaba grave acusación para sus directores, cosa extensiva a todos aquellos que durante cuatro décadas habían jugado todo a la capacidad propia de una guerra relámpago. Por ello debe entenderse el delicado momento que soportaba el entorno del Kaiser, con todo lo que representa.

Merced a tamaña situación de oscuro pronóstico, como vemos, el alto mando naval decidió buscar una decisión en el mar contra el enemigo estratégico, en la esperanza de llevar a sus adversarios hacia la mesa de negociaciones, ya muy lejana aquella pieza intelectual tan acariciada por los halcones teutónicos que hablaba de la irresistible fuerza de sus ejércitos.

Dado esto, al promediar los primeros meses de la campaña, pareció que con ese puñado de sumergibles se estaba logrando el fin ulterior de colocar a la Gran Bretaña ante su ruina<sup>12</sup>. Las cifras indican con crudeza que los guarismos de hundimientos progresivos llegaron a la pasmosa cifra de 880.000 toneladas en el mes de abril, guarismo que suponía, si no cambiaban sus factores, la inevitable derrota británica.

Sobre este espacio el lector puede obtener variados comentarios sobre la gravedad del momento, pero todos serán encaminados a un destino común: si la campaña submarina alemana lograba mantener estas cifras las Islas Británicas sufrirían una hambruna, cuya consecuencia general significaba la derrota.

Resulta significativo el hecho de que el contralmirante estadounidense William Sims, se hallara de visita en Londres en marzo de este año 1917, y más aún pues el memorando que inmediatamente éste

12. En este abril de 1917 con 127 U disponibles, y sólo 5 en servicio por singladura, perdiendo 2 en combate se lograron esas 881.000 toneladas hundidas.



*El almirante de flota, Lord John Jellicoe.*

elevó al presidente Wilson, señalaba claramente la difícil posición en que se hallaban los británicos y el augurio fatal de su caída, que sería inevitable si no se frenaba el accionar de los U. Sims, tuvo todas las cifras de primera mano y el

almirantazgo fue claro al respecto en los informes que otorgó el marino estadounidense.

"El mismo día de mi llegada a Londres tuve una entrevista con el Almirante Jellicoe, entonces primer Lord del Mar. Tras los saludos de rigor, me tendió una hoja de papel con el resumen del tonelaje hundido en los últimos meses. Aquellas cifras revelaban pérdidas tres o cuatro veces superiores a las que había publicado la prensa. Decir que quedé sorprendido es bien débil expresión, estaba literalmente aturdido, anonadado, nunca imagine tan terrible desastre. Los más optimistas fijaban como límite de resistencia el 1 de noviembre de 1917. Jamás nación alguna estuvo, en verdad, en posición más trágica que Gran Bretaña en la primavera y verano de 1917"<sup>13</sup>.

El 6 de este mes los EE.UU. declaraban la guerra a las Potencias Centrales, colocando en el platillo de la balanza su poderío estratégico. Si bien la capacidad militar estadounidense no se hallaba de momento preparada para afrontar el conflicto, en la faz naval prontamente se hizo sentir su peso, reforzando a la Royal Navy en su titánica lucha para mantener abiertas sus vías marítimas.

En este capítulo sobresale netamente la adopción de una serie de elementos que en los meses subsiguientes fueron cambiando el estado de cosas. La estruc-

turación de la navegación en convoy, el patrullado de las zonas de salida de los sumergibles, el minado cercano de esas últimas aguas y la aparición en liza de la carga de profundidad, que unida a los noveles medios de detección, supuso la involución paulatina de la campaña submarina. Sobresale en este terreno los grandes barajes de minas ubicados por los aliados que en forma virtual cerraban los dos accesos al Mar del Norte, colosal obra de ingeniería que supuso el campo de minas estáticas más voluminoso de la historia naval, donde cayó la flor y nata de los submarinistas alemanes.

Si bien se han cargado las tintas en relación a la entrada en guerra de la US Navy, se puede señalar que la acción táctica de los medios antisubmarinos de la Royal Navy, en un señalado esfuerzo, se hallaban en buen camino, en una afanosa búsqueda para tratar de obturar la brecha por donde se escapaba la vida misma del Imperio Británico. Quizás en este tópico la única interrogante sea aquella que refiere a si esto solo hubiera bastado para obtener una decisión. Pero, sin duda la ayuda más significativa venida desde allende el Atlántico- amén de 1.700.000 hombres que puso EE.UU. en los campos de batalla continentales a octubre de 1918- y por ello resorte clave para entender el resultado final del conflicto, resultó el extraordinario empuje de la construcción naval estadounidense que superó largamente las cuatro millones de toneladas botadas entre abril de 1917 a noviembre de 1918, entre buques mercantes y de guerra y este guarismo fue apabullante en el sentido de consumir la clausura de cualquier esperanza alemana de obtener una decisión en el campo naval.

#### - **Conclusión.**

"El mariscal Foch cruzó el Rhin a caballo de un acorazado inglés". Así rezaba un titular del periódico francés

13. DE LA SIERRA Luis. Obra reseñada, página 304.





Mariscal francés Ferdinand Foch.

"L'illustration" a finales de noviembre de 1918, tras el armisticio y la entrada de las tropas aliadas en Renania. Quizás tamaña apreciación pueda ser solo un juego de palabras, pero nada dice que no alcance una verdad consumada

en las realidades de la Gran Guerra.

El bloqueo naval había culminado la resistencia alemana, cuyo último esfuerzo tuvo su fin sobre el mismo Marne que allá por 1914 vio defeccionar todos sus grandes planes. El mar se había impuesto a la tierra, aun a despecho que desde finales de 1917 y concretamente luego de la firma en marzo de 1918 del tratado de Brest-Litovsk con los bolcheviques, Alemania poseía un vasto espacio de la Europa Oriental, controlando los recursos de Ucrania, Polonia y buena parte del territorio ruso.

Empero, la frialdad de los números nos indican la realidad de ese vasto imperio bajo los colores del Kaiser, pues ya en 1916 se advierten en territorio alemán los primeros efectos de la insuficiencia alimentaria, cosa precisamente detallada por la impecable burocracia estatal germana. Durante el verano de ese año señalado, cada habitante recibe unas 1100 calorías diarias. A partir de junio de 1917 la leche pura animal es excluida para el elemento civil, y se le añade al pan féculas de patata por falta de harina de trigo más un compuesto de madera vegetal y hierbas. En 1913 la cosecha de trigo del II Reich fue de unos 13 millones de toneladas, en 1918 ya había caído a solo 8 millones. La cantidad de ganado, bovino y porcino, disminuyó un 60% durante la guerra. A su vez el peso medio de los habitantes de las ciudades alemanas descendió un

20% mientras el flagelo de las enfermedades se cebaba en el país. En 1917 el Ministro de Salud Pública de Prusia se vio superado por la grave epidemia de raquitismo que afectaba a la niñez. A su vez al comenzar el conflicto Alemania se gloriaba de tener el más bajo porcentaje de mortandad por tuberculosis del mundo, 14 individuos cada 10.000 habitantes; empero en 1915 se producen 62.000 defunciones por esta enfermedad y en 1918 ya se arañan los 100.000 muertos entre la población civil. En la primavera de este año ya se implanta el racionamiento alimentario, cosa que llevará fatalmente a que en el invierno siguiente perezcan de hambre unos 763.000 alemanes.

Todo este sugestivo panorama expresa en forma cruda el resultado devengado por el cierre de fronteras impuesto al continente desde el mar. De aquí a obtener el convencimiento de que tamaños factores influyeron notablemente en la moral de los pueblos germanos, queda sólo un paso, sujeto al mismo razonamiento que por supuesto tuvieron en su tardío momento los mandos alemanes. La investigación señala que ya en 1916 es el mismo ejército imperial que pide al Kaiser que se haga una guerra submarina sin restricciones, atento a las circunstancias. Y ello se pone aún en mayor vigencia tras el resultado de Jutlandia, victoria estratégica británica.

Es de presumir la batalla política interna que sostuvo el círculo del Kaiser, cosa que debe haber sidoazonada por amargas recriminaciones. Así, recién en los primeros meses de 1917 se decide encarar una campaña a ultranza sobre las vías marítimas del enemigo, como un recurso finito.

"La decisión se ha tomado demasiado tarde. Los aliados, sin preparación para reaccionar contra el submarino cuando éste empieza en 1915 a actuar como corsario, han tenido dos años largos para perfeccionar sus elementos



*Tropas alemanas hacen entrega de sus armas.*

defensivos, y cuando en 1917, al entrar en la guerra los Estados Unidos llegan a disponer de medios suficientes, aunque enormes (a mediados de 1917 llegaron a tener 5.000 buques destinados a combatir al submarino), la reacción superó a la acción, y la campaña submarina fracasó y este fracaso fue la clave determinante de la derrota de 1918”<sup>14</sup>.

Así, todo culmina a las 5 de la mañana de un 11 de noviembre de este año 18, en el apeadero del claro de Rethondes, con la urgida firma alemana de su capitulación

sin condiciones, mientras la monarquía germana daba paso a la revolución. Se había perdido la guerra al caer la moral interna a un nivel insospechado para un pueblo que a agosto de 1914, estaba en los primeros escalones del mundo.

Confiamos que la tabla final que exponemos, sea plenamente expresiva en su detalles macro y su inclusión pueda servir como colofón a todo un período histórico tan importante de nuestro espacio contemporáneo. Quizás pueda sostenerse que las políticas que, en cierta forma, propiciaron la Segunda Guerra Mundial, no tuvieron muy en cuenta los hechos desarrollados sólo 21 años atrás, y por ende al atacar la Alemania nazi a Polonia, desafiando una vez más al “tridente de Neptuno” y jugarse toda la carta a otra “blitzkrieg”, como lo soñaron los estados mayores del II Reich durante décadas de estudio, todo se avino rápidamente a una repetición de situaciones cuya similitud resulta a veces a todas luces increíble<sup>15</sup>.

\* \* \*

## BIBLIOGRAFÍA

- 1 Bertocchi Moran Alejandro N. “Las campañas submarinas 1914-1918”. Revista Naval. Año X. No. 33. Montevideo. 1999.
- 2 Botting Douglas. “Los submarinos alemanes”. Time- Life folio. Barcelona. 1996.
- 3 Busch Harald. “Así fue la guerra submarina”. Editorial Juventud. Barcelona. 1962.
- 4 Carrero Blanco Luis. “Arte Naval Militar”. Editorial Naval. Madrid. 1943.
- 5 De la Sierra Luis. El mar en la Gran Guerra”. Editorial juventud. Barcelona. 1984.
- 6 Simonds Frank. “Historia de la guerra del mundo”. Editorial W. Jackson. Barcelona. 1921.
- 7 Thomas Lowell. “Los corsarios submarinos”. Ediciones Gil. Barcelona. 1931.

14. CARRERO BLANCO. Obra reseñada, página 263.

15. Entre 1939 y 1945 los astilleros estadounidenses construyeron 33.112.000 toneladas para su marina mercante y 4.275.000 para la US Navy.